

EL OBRERO.

Explicación.

Motivos más bien de intereses pecuniarios exigieron á la *Sociedad de Artes y Oficios* á suspender por unos días la publicación de *El Obrero*. Si bien nosotros fuimos los primeros en censurar tal proceder, después de todo nos alegramos de que así haya sucedido porque hoy encontramos el campo de manobra más anchuroso y gozamos de más comodidades que antes. No le convenía de ningún modo á la *Sociedad* desembolsar dinero inútilmente; pues bien, hoy procuraremos nosotros por cuantos medios estén á nuestro alcance que la *Sociedad* siga teniendo su órgano de publicidad con las mismas garantías que antes y que no le cueste cinco centavos. Contamos para esto con el apoyo de todos los socios que anhelan nuestro progreso y engrandecimiento lo mismo que de los particulares que tengan á bien favorecernos con suscripciones.

Todos los miembros de la *Sociedad de Artes y Oficios*, que lo deseen, seguirán recibiendo *El Obrero* mediante la cuota de 75 centavos por trimestre, y los demás mediante la de \$ 1-00 por el mismo tiempo.

De esta fecha en adelante la *Sociedad* descarga toda la responsabilidad que sobre ella pesaba asumiéndola el Redactor; por lo tanto él responderá de los artículos que en el periódico aparecieren sin firma.

Nuestro programa es ya conocido; trabajamos por la clase obrera y haremos en su provecho todo lo que podamos; y siempre que convenga á los intereses de todos diremos algo de la marcha en los negocios públicos sin entrar en discusiones de política de partidos.

Rogamos, pues, á todas aquellas personas que reciban el presente número de *El Obrero*, se sirvan devolverlo al Redactor, caso de no aceptar la suscripción, poniendo su nombre con lápiz en el mismo periódico ó en la fajilla; de lo contrario lo seguirán recibiendo y á su tiempo les enviaremos el recibo para que lo cubran á su presentación.

Importante colaborador.

En este número verán nuestros lectores el hermoso artículo que el caballero Doctor don David J. Guzmán ha escrito especialmente para *El Obrero* y cuya sola firma basta para recomendarlo.

Ese artículo está en nuestro poder hace ya como un mes y no nos habíamos dado el gusto de publicarlo por razón de la suspensión de este semanario; cuando participamos al Doctor Guzmán que nos veíamos privados de dar á luz su trabajo y el porqué de ello, en la misma carta nos manifestó su mo-

do de pensar con respecto al órgano de la *Sociedad de Artes y Oficios* en los términos que siguen:

"He sentido la suspensión de *El Obrero*", órgano importante de la asociación de artesanos de esa capital. EL PERIÓDICO ES EL ALMA DE ESTAS INSTITUCIONES; sin él la sociedad pierde su pedestal y queda sin acción inmediata ni medio de comunicar sus actos y disposiciones.

Creo sería útil y honorífico para la *Sociedad* reconsiderar el acuerdo de dicha suspensión.

Por mi parte, habíame propuesto trabajar con ahinco en sus columnas, pues como U. sabe, mis simpatías por todo cuanto atañe á la clase obrera centroamericana se fundan EN EL IMPORTANTE ROL QUE ESTAS SOCIEDADES TIENEN QUE REPRESENTAR EN EL PROGRESO DE LA PATRIA COMÚN."

Las razones que con lujo de brillantes expone el Doctor Guzmán para que reviva nuestro periódico, son casi las mismas con que nosotros, con nuestro pobre modo de decir, lo hemos defendido en privado.

Si aun hubiéramos tenido necesidad de insistir nuevamente ante la *Sociedad* para la reaparición de *El Obrero* nos habríamos presentado con la carta del Doctor Guzmán en la seguridad de que ella habría sido suficiente para darnos la victoria.

Ya lo sabe quien inmerecidamente nos obsequia con el nombre de amigo, *El Obrero* vive, y vivirá mientras tengamos fuerzas para sostenerlo y nos alienten las personas que se interesan por la clase trabajadora; puede U. estimado Doctor satisfacer ese laudable propósito de trabajar con ahinco, porque siguen como siempre á su disposición las columnas de *El Obrero*.

COLABORACION.

La asociación y el trabajo.

(Para "El Obrero.")

El trabajo es el gran patrimonio que los hombres van acumulando en las arcas de las naciones, acreciendo su riqueza y aumentando el esplendor de una civilización cuyas amplitudes abrazan ya el círculo máximo del progreso en su incansable anhelo de edificar y engalanar mas y más el planeta con esa interminable sucesión de hechos grandiosos, producto de las ideas, fecundo germen de la asociación y del trabajo.

El primer hecho que descuella al contemplar las grandes asociaciones de hombres del Viejo y Nuevo Mundo, es que el trabajo esta estrechamente vinculado con las necesidades de la vida, enalteciendo á la vez todas las cualidades de los pueblos, y robusteciendo su aptitud para vencer todos los obstáculos y allegar los medios de perfeccionar la civilización. Pero ese impulso del hombre laborioso lo crean las necesidades y privaciones, estímulo irritante que parece abrir las puertas á todas las ideas, ensanchar todas las iniciativas, realizar todos los hechos.

Los pueblos no viven de solo pan;

viven de ideas, de esfuerzos, de máximas y esperanzas de felicidad que son el sostén de la vida, que comunican vigor y grandeza y apartan al hombre de la miseria, que es el camino de la muerte.

Dos grandes incentivos alientan al hombre en el incansable afán de encumbrarse hacia la civilización: el tiempo y el trabajo. El primero lo debe á la naturaleza, el segundo cae bajo su propio dominio. Abierta esta última puerta se abren todas las demás por sí mismas; pues por ella entra el hombre para alcanzar todos los beneficios de la naturaleza, que permanecen adormecidos hasta que la fuerza de asociación viene á utilizar en provecho común tantos elementos de vida, tantas fuentes de prosperidad que solo esperan la fuerza vivificante, el soplo creador del hombre en acción, en toda la plenitud del desarrollo de las ideas, que son las que fecundan todo cuanto se agita en este admirable universo, todo cuanto es fuente de vida, de amor, de belleza, de múltiples creaciones y energías que pululan en su misterioso seno.

Todo valor efectivo se deriva, pues, directamente de la asociación y del trabajo. Mediante estos poderosos motores, el estado salvaje del hombre ha desaparecido. El arte ha tomado del seno de la naturaleza la materia prima; se ha apoderado de ella y la ha labrado con bastante primor para llevarla hasta la elegancia y hasta el refinamiento del gusto: así transforma el genio el instinto y la inocencia del hombre inculto y lleva sus saludables creaciones más allá de la vida y de los tiempos. Mediante esos poderosos motores la industria provee á un país de los productos de todas las zonas. El trabajo le presenta las primicias de la tierra en su variada y bellísima fecundidad; el arte y la industria las transforman en todas esas grandiosas obras que adornan las ciudades, ó las hacen mercancía universal que facilitan los cambios; objetos tanto más apetecidos cuanto más raros y modelados por el arte con esa sublime inspiración que da el sentimiento, con la gloria que es el impulso de los grandes corazones, con la idea que es el motor de los grandes cerebros.

Y así, de ese modo, ya no hubo más eriales: los campos se vistieron con todos los productos del suelo; los montes que abrigaban fieras y alimañas fueron descujados para hacer servir sus maderas en las construcciones; los montes se aplanaron para dar triunfante paso á la locomotora; los climas se tornaron más benignos con los cultivos manteniendo en la atmósfera una capa de humedad; se desaguó el curso de los ríos ó el excedente del agua de los lagos para ensanchar más el imperio del arado, poniéndoles á los primeros barreras infranqueables que impidieron la inundación de las sementeras; se puso diques á los mares y se acortó el paso del tráfico universal de las naciones cortando los istmos; se domesticó á los brutos rindiéndolos á la labor fecunda del hombre; el trabajo impulsó y la máquina elaboró fibras, forjó hierro, fundió sales, comprimó gases y cuerpos, persiguió por doquiera todo elemento útil y lo transformó en enseres, en alimentos, en vestidos, en objetos de arte, en instrumentos de labranza, de navegación, de estudio, de placer, en todos los tesoros más valiosos, ensanchando así, la esfera de la vida material, iluminando más las grandes cosas del pensamiento y del corazón, multiplicando todos los medios de estender más la especie, de hacer más viable la vida y el progreso, más gloriosa la obra de Dios y más grande y sublime á la humanidad.

El trabajo es el factor más impor-

tante de la producción, y el centinela de la virtud, según Confucio.

Todo individuo ó asociación entregados á la vida inactiva ó ociosa están destinados á morir de inanición; porque la abundancia no reyna, ni entre los goces del lujo y de la perversidad, ni entre ese mundo donde solo reyna la contemplación y el éxtasis místico inspirado por una religión filantrópica. La ociosidad viene á ser así el artípodas del trabajo, el moho letal del alma que corrompe las más bellas naturalezas.

La libertad y la civilización han creado esa poderosa fuerza de la cohesión, de la unión de los esfuerzos, multiplicando en el Estado todo género de ocupaciones para asegurar la dicha, la riqueza y la paz de los hombres, calmando el ardor de las pasiones, por medio de la vida laboriosa, única capaz de alentar el sentimiento que derrama en el alma la dignidad y la rectitud; única capaz de fecundar en el espíritu generosos pensamientos y nobles impulsos: la vida así, es como la tarde de un hermoso día que respira felicidad, ya bajo los artesanos de los palacios, ya bajo las humildes y frescas palmas de las cabañas.

¿Qué sería, pues, del admirable concierto que forma el progreso humano sin la poderosa asociación de la inteligencia y del trabajo? El cuadro sublime que hoy nos presenta el adelanto de las naciones sería una ridícula monstruosidad, como la de ese Celeste Imperio chino, que sólo tenía del emperio el vanidoso nombre, aislado de los grandes movimientos del presente siglo. Aislado el mundo moderno del antiguo todos los milagros del arte, los portentos de la industria no vendrían á ser más que combinaciones arbitrarias grupos sin vida, figuras sin forma, sueños delirantes, obras maestras sin colorido, sin expresión, sin gracia ni belleza; la imaginación y el genio estrechados en límites que la fantasía no reconoce en sus olímpicos desbordamientos, vendrían á ser juguete del destino, ludibrio del olvido y de la muerte ante el espectáculo sublime y fecundo de la creación.

Ley ineludible de la naturaleza es el movimiento. Lo que no se mueve ni se agita en el seno en que está colocado, decae, perece. Observemos este inmenso miriorama del Universo y veremos la palpante y sublime verdad del movimiento eterno fecundando el planeta y los mundos todos renovándose en incansables creaciones, en nuevas y más extraordinarias cosmogonías.

Los planetas se atraen y mueven al través de la inmensidad. Los océanos sin su eterno flujo y reflujo ocasionados por esos dos grandes luminares del espacio que flotan en él á muchos millones de leguas, haciendo sentir su presión y su influencia sobre todos los seres, en ordenado y admirable equilibrio, serían piélagos inmensos de desolación y de muerte. La naturaleza al rasgar la aurora su manto de arboles, bañada en torrentes de diáfana y azulada luz, es la primera que se adelanta hacia nosotros entre el rosicler de la mañana, en medio de religioso silencio, ataviada con todos sus admirables dones, despuntado hojas y botones, abriendo frutos y corolas refrescadas con sus lágrimas de rocío; hace saltar el pájaro de rama en rama templando sus encantadas cuerdas para entonar en la solemne magestad de las selvas, canoras é ignotas canciones; despierta al dorado insecto que va á sacudir el polvo de esmeralda que cubre sus alas al ambiente que se llena de mirajes y fosforescencias; el pez se agita temprano en la fuente removiendo sus arenas entre las que incuban sus huevecillos y miradas de vivaces infusorios; el ria-